

es lo más exhaustivo acerca de Whitman que se conoce en un esculque cuidadoso y en un aporte trascendental en la historia de las letras universales, puesto que Whitman ha entrado a la categoría de los poetas superiores para la ecumenicidad.—*Juan Felipe Toruño.*

■

<https://doi.org/10.29393/At353-354-237PCRL10237>

“LA POESÍA CHILENA. ORÍGENES Y DESARROLLO DEL SIGLO XVI AL XIX”, de *Fernando Alegría*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954

Muy escasa se exhibe nuestra bibliografía crítica sobre la poesía chilena y su desarrollo. Es lamentable descubrir en ella repeticiones de juicios y prejuicios que ruedan desde Menéndez y Pelayo hasta Solar Correa. Incluso personas que debían haber madurado con los años reiteran opiniones ajenas, refrescadas con una leve inmersión en el no siempre lúcido lago donde se reflejan los escasos cisnes líricos de la Colonia, los más desprovistos de inquietud del siglo XIX y los primeros parnasianos. Lo posterior es materia de arduo menester, de sedimentación, y todavía no se concreta a través de ningún diagnóstico, por obra de compromisos y limitaciones de cenáculos. Desde el exterior, sin embargo, han llegado libros chilenos de importancia para clarificar el panorama poético: el de Salvador Dinamarca, intitulado *Estudio del “Arauco Domado” de Pedro de Oña* (Nueva York, 1952), y ahora el de Fernando Alegría, impreso en México por el Fondo de Cultura Económica.

En materias de exégesis estilísticas no bastan las buenas intenciones, sino que el intérprete debe apoyarse en intuiciones artísticas que suponen, además, un acto de amor. La sustancia lírica es resbaladiza y caben muy diversos conceptos acerca de su cabalidad y la prueba de ello la encontramos en las polémicas que ha suscitado el libro de Alegría.

Desde luego, es un individuo que tiene opiniones propias: las

pesa, las mide, las balancea, se documenta, apoya su criterio en largas citas, desmenuza los problemas y revela, a su edad, una sólida cultura. No es poco decir en un campo donde improvisan hasta astutos críticos y envejecidos comentaristas de libros.

El análisis de Alegria comienza con *La Araucana* y concluye con Eduardo de la Barra, en el frontis del modernismo. Su volumen abarca seis capítulos, de nutrido material, copiosas notas y vastas referencias que ilustran el desarrollo temático.

Los dos primeros capítulos tienen un valor desigual; más compacto el de Ercilla, menos satisfactorio el de Oña, pero revelador de atisbos y orientaciones nuevas sobre su poesía. Es discutible el punto de partida de Alegria y ha merecido reparos hasta en la ortodoxa crítica comunista de Juan de Luigi. Veamos lo que dice Alegria, con audacia innovadora: "Ercilla, al mismo tiempo que daba categoría artística al mito araucano, planteaba el tema épico fundamental de los pueblos hispanoamericanos: la lucha por la libertad económica y política contra los imperialismos extranjeros" (pág. IX).

Conocemos bastante el medio cortesano en que se desenvolvió la vida no siempre desprovista de lucro de Ercilla para aceptar complacidos el punto de vista de Alegria. El humanismo de Ercilla, forjado en el ambiente renacentista, le dió una visión simpática del protagonista colectivo de su poema, que era el indio araucano, pero de ahí a desentrañar en su contenido un precedente de los poetas sociales de hoy nos parece aventurado. Lo religioso del vate madrileño, el medio en que elaboró su obra, después de haberla comenzado en la vecindad de las selvas de Arauco, no pueden dejarse de mano al estudiar sus ideas morales. Ya Ricardo Baeza percibió un latido de la Contrarreforma en sus sentencias impregnadas de senequismo, y Valbuena Prat asocia su intento épico a la sombría irradiación religiosa del Escorial y de Felipe II. Por mucho que rechace los criterios tradicionales en la autopsia del poeta, Alegria no puede ignorar la importancia del ambiente de la época y

el cuidado escrupuloso de Ercilla al no salirse de las normas dominantes en España en su tiempo. Es también objetable lo que dice el comentarista chileno en la página 54: "Su adhesión al Rey no ha de ponerse en duda, pero es, a mi juicio, de la misma naturaleza que su cristianismo: con mucho de retórica y de conformismo por tradición". El doctrinario ha traicionado esta vez al crítico, que más adelante vindica a Ercilla con firmes y nítidos razonamientos en aspectos poco escrutados de su creación. Nunca Ercilla se apartó de lo establecido y por un toque de humanismo cristiano sintió la crueldad de la Conquista, que también describieron los cronistas españoles del siglo XVI, como Góngora y Marmolejo y Mariño de Lobera, sobre todo el último, que dejó pinturas estremecedoras del despojo de bienes y de mujeres que hacían los conquistadores a los rebeldes araucanos. Contemporáneamente a Ercilla y en el mismo grupo de expedicionarios en que éste arribó a Chile, venía el fraile dominico Gil González de San Nicolás, impregnado de los razonamientos jurídicos, un tanto medievalistas, de fray Bartolomé de las Casas, y pertenecientes a la misma orden religiosa. Gil González de San Nicolás emprendió una verdadera cruzada contra los encomenderos de Chile y los amenazó con las penas del infierno si proseguían sus abusos y explotaciones. ¿No habría alguna identidad entre estos dos letrados que desembarcaron juntos y venían al territorio austral en una misma flota? Desde luego, la actitud que sorprende a Alegría no es privativa de Ercilla, ni novedosa en el siglo XVI. Desde el exagerado Padre Las Casas, utopista generoso, pasando por Vasco de Quiroga, Lízárraga, Mariño de Lobera, Gil González de San Nicolás hasta el bondadoso fray Toribio de Motolinía, surgen decenas de testimonios favorables al indio sin salirse del escabel teológico y de la peana de la fe católica.

Más importante, como contribución crítica de Alegría, nos parecen diversos aportes de su ensayo: la defensa del realismo de Ercilla, la recreación clásica del vate al adaptar su cultura a una

realidad nueva, sus diferencias con los poetas medievales y cortesanos, su comprensión de los araucanos, sus atisbos certeros al describir lagos y cordilleras, lo que no alcanza a destruir la relativa insensibilidad ante el paisaje, propia de casi todos los escritores del siglo XVI. Alegría, que suele ser frío y exageradamente analítico, ha enfocado a Ercilla con amor y a pesar de sus amplificaciones que no compartimos, la contribución del capítulo destinado a estudiarlo es valiosa y significativa dentro del conjunto de la crítica chilena actual. Se le podría hacer un reparo: no incorpora las modernas interpretaciones de Ercilla a su minucioso registro de lo que expresaron los críticos españoles acerca de su poema, desde Martínez de la Rosa y Quintana hasta algunos modernos, aparte de que Alegría también reseña lo que vieron en su producción franceses, norteamericanos y chilenos, a partir de Bello. Esas opiniones de españoles modernos sobre Ercilla comienza con Azorín, prosiguen con Ricardo Baeza y Angel Valbuena Prat, y en nuestros días poseen solidez en los estudios de María Rosa Alonso, Luis Morales Oliver y otros.

En general, Alegría demuestra un conocimiento razonable de los asuntos principales derivados de la épica y de su significado presente, salvo en que disminuye la influencia de Ariosto en *La Araucana*. Esta nos parece que fué más formalística y externa que profunda, pero hay similitudes de procedimiento, aunque nunca muy definitivas, ya que los separa un fondo de realismo que sostuvo al poeta madrileño en su esfuerzo de incorporar la virginidad americana a una materia épica que en Ariosto era pretexto de fabulosas aventuras y fantasías desmesuradas. Mientras la epopeya española se disolvía en lo cortesano y no estuvo a la altura de los sucesos exaltados, Ercilla la vindicó definitivamente transmitiéndole una autenticidad que encontró en su experiencia araucana.

El capítulo consagrado a Oña es menos significativo, pero demuestra la acuidad crítica de Alegría, que no tuvo a mano las recientes investigaciones que si no resuelven todos los problemas sus-

citados por su biografía, por lo menos esclarecen ángulos desconocidos de su existencia en el Perú. Esos aportes son interesantes y se deben a dos expertos investigadores: Raúl Porras Barrenechea y Luis Antonio Eguiguren, que hallaron piezas y documentos antes ignorados que ilustran el espíritu cortesano y burocrático de Oña, sus dos matrimonios, sus amores, la aparición de un hijo natural del poeta, y sus andanzas como corregidor de Calca y Lares, cerca del Cuzco. Se pierde entonces la pista del extraordinario criollo que, al parecer, contó con la protección de los jesuítas del Cuzco y obtuvo de éstos los medios económicos para su magnífica impresión del *Ignacio de Cantabria*, en Sevilla, en 1639. Hemos revisado cuidadosamente en la Biblioteca Nacional de Madrid y en otras de España y Europa todas las ediciones coetáneas de poemas barrocos sobre el santo vasco y ninguna posee una tipografía tan esplendorosa y una ornamentación tan refinada como la del libro que editó el impresor sevillano Francisco de Lyra, que después se trasladó a Lisboa.

Alegría se coloca frente a Oña en una actitud receptora intensa. Su ensayo es breve, condensado, posee observaciones agudas, pero no tuvo tiempo o no quiso leer el *Ignacio de Cantabria*, que lo habría conducido a un entendimiento cabal de su psicología, impregnada, en la época de su redacción, de las vívidas coloraciones del barroco. Solar Correa, que logró atisbos innegables sobre Oña, a pesar de su tradicionalismo oclusivo, contribuyó al desvío chileno de la crítica por tan curioso poema. Alegría se demuestra poco entusiasmado con el *Ignacio de Cantabria* y soslaya su estudio acucioso.

Es valiosa la interpretación que hace, en cambio, de *El Vasauro*. "En *El Vasauro* el poeta habrá alcanzado un pleno dominio de los diversos elementos que van integrando su estilo; el lenguaje se encrespa y afina, el valor de la palabra es ahora incalculable, a través de cristales de mil colores se presiente, apenas, la intención escondida" (pág. 66).

Alegría asedia el contenido de Oña y obtiene satisfactorios resultados, apartándose de la penosa crítica erudita que produjo tan perversas interpretaciones de Oña. Esos puntos pequeños que reflejan el verdadero arte, esos signos de inteligencia que se transmiten a través de la masa amorfa de poemas de tan imponente estructura, Alegría los descubre y los coloca en un muestrario de buen gusto, salvándolos del olvido o la lectura rutinaria de eruditos sin alma o mortecino carácter.

La obra de recreación poética tiene que coexistir con la crítica y en su adecuada adaptación a esta clase de estudios radica el impulso que algún día podrá surgir, en nuestro público, por la lectura de los monumentos del pasado literario. Mientras tanto Oña dormita en el osario en que lo visitó con desaprensiva postura don Pedro Cruz, con menos sensibilidad todavía que don Diego Barrios Arana.

Define bien Alegría las zonas épicas y líricas de Oña, continuando la exégesis científica de Rodolfo Oroz, editor de *El Vasauro* y definidor de las influencias virgilianas en su obra.

El resultado coincide, pero Alegría puntualiza bien el progreso técnico que demuestra *El Vasauro*, al señalar: que demuestra más dominio del idioma; mayor caracterización en sus personajes; o sea, un entendimiento más directo de la psicología humana, y una conciencia muy clara de sus propias limitaciones (pág. 86).

También se apunta aquí la audacia del estilo de Oña, que demuestra, a medida que se estudia en su adecuado medio su cultura poética, el grado de perfección retórica que alcanzó la Academia Antártica de Lima, en cuyo seno hubo literatos tan renombrados como Cabello Balboa, Antonio Falcón, Duarte Fernández, Gaspar de Villarroel y Coruña y fray Diego de Hojeda, entre otros.

El criterio sostenido por Alegría sobre el *Purén Indómito*, atribuído por unos a Hernando Alvarez de Toledo y por otros a Diego Arias de Saavedra, entraña parecida obcecación que la demostrada al reseñar a Ercilla. El crítico dice lo siguiente: "Por las

estrofas que reproduce Medina se colige que el poema pertenece a la escuela popular y progresista de Ercilla más bien que a la gongorista y cortesana de Oña" (pág. 103).

Hemos leído entero el *Purén Indómito*, que tiene acentos cortesanos y cierto movimiento en algunas escenas de tipo guerrero, sin la calidad de Ercilla, ni el lirismo remontado de Oña. Es el único autor colonial que cita a Erasmo, lo que nos pareció signo evidente de inquietud espiritual, pero no entendemos bien que pueda insertarse su relativamente soporífero poema en el cuadro de una literatura "popular y progresista".

El capítulo III (*Los repentistas y otra poesía de circunstancia*) no ensancha la perspectiva existente sobre la modesta producción de ese tipo que hubo en Chile. Alegría coordina datos y clifica materiales que estaban dispersos, pero también omite antecedentes críticos e históricos que habrían enriquecido su repertorio. Es un poco impreciso al estampar los siguientes conceptos: "La lucha por la libertad de trabajo y la liberación del régimen político sostenida por algunos jesuítas se basa en un concepto moral limitadísimo y, fuera de no producir resultados inmediatos, llega en ciertos casos a ser intolerable por lo inconsciente" (pág. 111).

Es otro sensible ejemplo de obturación histórica que ofrece Alegría. La protesta de algunos jesuítas no merece una apreciación tan superficial y, en ningún caso, el esfuerzo desplegado por el padre Luis de Valdivia puede juzgarse por su mayor o menor éxito. Quedará siempre su actitud como un signo humanístico, que reiteró a los pocos años la prédica encendida y utopista contra los encomenderos iniciada en Concepción y sus aledaños por el dominico fray Gil González de San Nicolás, que arribó a Chile con Ercilla. En cambio, Alegría traza una excelente síntesis del valor del romancero español en Chile y de sus derivaciones en el trasfondo racial criollo. Es ordenado y sintético su cuadro, agudas muchas de sus observaciones y satisfactorio el panorama porque utiliza,

sin agotarlos, muchos materiales que en otras manos se desfiguran por la manipulación erudita y amorfa.

El capítulo IV (*Los versificadores de la Independencia*) va también comprobando la capacidad receptiva de Alegria, cuando se despoja de prejuicios y se atiene al rigor interpretativo que le confieren sus estudios en el país y en el extranjero. Exagera el cuadro cuando dice lo siguiente: "La ignorancia, la grosería, el fanatismo reinan por igual en casi todas las esferas de la sociedad chilena" (pág. 159).

Ni tanto ni tan poco. No era entonces nuestra sociedad ni un dechado de cortesanía, ni un sombrío estercolero. Hubo individuos como don Manuel de Salas, como don Juan Egaña, como Camilo Henríquez, como don José Antonio de Rojas, como muchos más que, no siendo letrados de primera magnitud, prepararon, sin embargo, el terreno a las innovaciones culturales y políticas posteriores. Las observaciones acumuladas por Alegria sobre Camilo Henríquez y Bernardo Vera y Pintado superan a sus reflexiones sobre el medio de ese período, que se sustentan en un impresionismo fértil, producto quizá de un examen poco atento de periódicos, revistas y libelos que al ser exprimidos habrían ensanchado su cuadro de la época.

El capítulo V (*Orígenes del romanticismo chileno*) es también curioso y destaca certeramente la influencia de Mora en Lastarria, que apuntamos en un modesto ensayo. "Las llamadas "polémicas" del Romanticismo y Filológica son querellas de significado puramente local y de una mediocridad en cuanto a las ideas expuestas, que no pasará inadvertida al lector más benevolente" (pág. 185).

Así parte Alegria en su análisis, con cierto pesimismo amargo.

Es justa su valoración del significado de doña Mercedes Marín del Solar y también la sitúa con precisión en el atrasado ambiente santiaguino, que entonces miraba con recelo la intervención de la mujer en las empresas intelectuales.

Está bien observada la limitación neoclásica de Mora, que amor-

tiguó el impulso literario de Lastarria. Alegria estima con justicia que, defendiendo en apariencia, doctrinas conservadoras en el arte, en realidad, hacia el papel de revolucionario y liberal en política y religión (pág. 191).

Sin embargo, no está de más señalar el oportunismo posterior de Mora. Al salir de Chile, con resentimiento indiscutible, pero que después se disolvió, se incorporó en el Perú a la tertulia de Pando y los conservadores. Con una brusquedad súbita olvidó su liberalismo, exteriorizado en Chile, y se acomodó admirablemente al espíritu reaccionario de Pando, cabecilla de un sector retrógrado y antidemocrático de Lima, donde estableció un colegio, como en Santiago, el Ateneo del Perú; y publicó su *Curso de Lógica y Etica*, saturado de las doctrinas de la filosofía escocesa.

Después, por odio a Chile, sirvió al dictador boliviano, don Andrés de Santa Cruz, y entre 1831 y 1837 reside en el Perú y en Bolivia, en medio de intensas actividades literarias y poéticas.

Pero Mora va a experimentar todavía en su berrascosa y ambulante existencia muchas transformaciones políticas e intelectuales.

Donde Alegria reconoce la superioridad de Bello sobre su rival pasajero es en el extenso análisis que realiza de su acción en Chile, de muy depurada sustancia crítica y sin concesiones a sus detractores. Incluso pone en duda la veracidad de Lastarria al decir que Bello propiciaba "una enseñanza, una literatura y hasta una moral confesionales".

El doctrinario dogmático que había en Lastarria, insigne pensador en múltiples aspectos de su extensa producción intelectual, lo cegó hasta interpretar exageradamente la evolución cultural de su patria.

A medida que Alegria penetra en los resultados positivos del movimiento literario de 1842, se va afinando su interpretación y realiza un inventario muy concreto de sus expresiones líricas. Así van desfilando, después de trazar síntesis vivas de la obra de Sar-

miento y Lastarria, las estampas de los diversos románticos que vertieron sus sentimientos en estrofas de distinta calidad: Carlos Walker Martínez, de quien se avaloran con objetividad sus *Romances americanos*; Luis Rodríguez Velasco, de quien encuentra ausente la genuina belleza lírica; Salvador Sanfuentes, que estudia con acopio de referencias afortunadas y con honrada seguridad; Matta, a quien llama "el extrovertido", pero que fué cautivado por la nota marina, hasta hacer sucumbir su estro bajo el torrente verbalista; Guillermo Blest Gana, que destaca en una de las mejores interpretaciones del denso volumen, y Eusebio Lillo, de mediocre producción, pero simpática apostura humana.

Sin haber novedades revolucionarias en esta parte del libro de Alegria, es necesario exaltar su entusiasmo de exégeta, su apreciación del pasado en función del futuro, la fineza de sus notas marginales y la visión de conjunto que sobrepasa bastante ciertas manidas manipulaciones de idéntico material lírico. Aunque son conocidas las imágenes de los poetas románticos, aquí brota una luz desconocida y su perfil cobra relieve. Es importante señalar que el juicio sobre Eduardo de la Barra es serio y documentado y es de los escasos que existen sobre el humanista, poeta y polemista que fué amigo de Darío, padeció el destierro después de 1891, y atacó la influencia de los profesores alemanes en el Instituto Pedagógico, fundado en 1889.

Comprendemos bien ciertas fallas documentales que surgen en el estudio de Alegria, por haber sido concebido y escrito en el extranjero. Aunque en los Estados Unidos abundan las bibliotecas bien abastecidas de libros hispanoamericanos, no se encuentra todo el repertorio de revistas que existe aquí. Quizá donde esto se torna más visible es en lo referente al denominado movimiento de 1842, que ofrece un material de vasta extensión, que dista mucho de encontrarse representado en el libro de Alegria.

Su comprensión generosa de muchos valores, su fibra patriótica al justipreciar hechos y sucesos, a pesar de cierta obsesión po-

lítica, que algunos confundieron con una postura comunista, satisfacen a un lector desprejuiciado y servirán para puntualizar problemas que ocasionalmente ocupan a la crítica nacional. Los reparos que pudimos hacerle no restan nuestra simpatía a un esfuerzo de esta envergadura que, entre otros méritos, posee el de ensanchar el panorama cultural de un largo período de nuestras letras y ofrecerlo al público continental. Alegría, que tiene novelas y relatos de indiscutible probidad, puede contarse, desde ahora, entre los intérpretes felices de una literatura que va siendo objeto, día a día, de exploraciones de largo aliento, como la suya. Los métodos estilísticos actuales y una desmenuzación más categórica y fina de los fenómenos estéticos están, poco a poco, reemplazando en el país a los ensayos impresionistas o a la erudición ratonera de algunos sobrevivientes del positivismo que prevaleció desde Lastarria hasta Medina, en el análisis de la cultura. Confiamos en que el profesor Alegría dará término pronto al segundo volumen de su libro, que abarcará desde el arribo de Darío a nuestra tierra hasta el prodigioso florecimiento poético posterior a Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda, con lo cual se destruye la leyenda sobre nuestra incapacidad lírica.—Ricardo A. Latcham.

■

"SHAKESPEARE: THE LAST PHASE", de *Derek Traversi*. Hollis y Carter, 1954

Acaba de aparecer en Londres un libro de Derek Traversi, representante en Chile del Consejo Británico, en que estudia la última fase de la producción teatral de Shakespeare. Este estudio se agrega a su "Approach to Shakespeare" que en una edición corregida y ampliada reaparecerá en los Estados Unidos dentro de unos meses, y a otros en castellano sobre la misma materia impresos en España. Las obras que acabamos de mencionar lo habían distin-